

MIGUEL DE VALENCIA

GLOSAS DE LA CULTURA ACTUAL

HA FALLECIDO el novelista negro Richard Wright. Vivió casi siempre en París. Su figura y sus finos modales eran conocidos por los grupos literarios del Barrio Latino. En más de una oportunidad dio conferencias en las salas de actos de la Ciudad Universitaria.

Sus libros eran traducidos a diversos idiomas. Pero sus lectores abundan entre aquellos grupos humanos que viven en permanente tensión por los problemas raciales.

Decía Wright que los seres conscientes actúan movidos por impulsos que, tal vez, llevan en la sangre. Era un determinista a ultranza. Y desde esa postura psicológica abordó el tema del negro, fácil para ser aplicado a otras razas de color.

Algunas de sus obras fueron publicadas, precisamente, en los mismos días en que André Siegfried pronunciaba conferencias y glosaba la expansión creciente de los negros y amarillos. Empuje racial que hacía prever una serie de peligros, cuyas primeras manifestaciones ya están a la vista en diversas partes del mundo.

Tiene Richard Wright una novela titulada "Sangre Negra", que se anticipa a los actuales casos de segregación racial. El héroe de esta ficción, quizás demasiado real y verídica, no puede soslayar su destino, es incapaz de no escuchar los gritos de la sangre y los imponderables de la herencia. Asesina a una muchacha blanca, hace lo mismo con su amada. La única salida es el suicidio. Anotemos que este libro está escrito con la técnica del reportaje periodístico.

Otros libros se le deben a este escritor negro, uno de los pocos que llegó a ser respetado en casi todo el mundo. Ahí

están por ejemplo, los titulados "Niño negro" y "Doce millones de voces negras".

Para los seres humanos de raza negra, las obras de este escritor, ahora desaparecido, no son muy alentadoras. Sin embargo, entre sus afirmaciones hay algunas que son reversibles, es decir, que se convierten en puerto de salida posible. Porque señalar los males de un grupo de individuos es algo así como una invitación cordial al trabajo, a la colaboración inteligente, única salida de los problemas raciales de toda índole.

La risa bonachona de Richard Wright y el brillo de sus enormes ojos han dejado de ser la admiración de muchos grupos de artistas, que frecuentaban los cafés y los cenáculos del Barrio Latino.

*

* * *

Diríase, y no sin razón suficiente, que la figura de Colón no ha entregado todos sus posibles secretos. Nuevos ensayos se publican en diversas lenguas para ceñir ciertos aspectos de la vida de un hombre singular.

Se ha dicho que el viajero insigne fue un hombre de muy alto ingenio, aunque no de muchas letras. Sin embargo, era un buen conocedor de la cosmografía. Dícese que estudió en la Universidad de Pavía, pero no hay datos concretos de su paso por las aulas universitarias.

Colón aceptaba la idea de esfericidad de la Tierra. En alguna oportunidad, dejó volar la idea de que nuestro planeta tenía la forma de pera. He ahí una intuición, ahora confirmada por los más recientes vuelos de los satélites artificiales.

Anduvo equivocado en cuanto a la anchura del Océano. Y el descubrimiento de América fue el fruto de un enorme error.

Había estudiado Colón el "Imago Mundi", del Cardenal Pedro de Ailly, la "Historia" del Papa Pío II, la "Relación del viaje de Marco Polo de 1271 a 1294", la "Geografía" de Ptolomeo y la "Historia Natural" de Plinio. Todas sus ideas, acertadas o erróneas, están comentadas en estos libros. Y el gran navegante, con una fuerte dosis de imaginación, terminó

por darles forma, hasta culminar en una de las más estupendas aventuras que registra la historia de la humanidad.

Durante el primer viaje, recorriendo las Lucayas y las Antillas, creíase en Asia. Cuando ha puesto las plantas en Cuba, dice que allí se encuentra el principio de la India ultraganética. Los indígenas afirmaban que aquello era una isla, pero Colón insistía en decir que ya estaba en tierra firme, comienzo de las Indias. Pronto sus marinos llegaron a convencerse del error de su jefe. Y empieza a perder prestigio.

Ahora bien, durante el tercer viaje, tiene la más grande de sus intuiciones. Y dice que el hemisferio boreal es la mitad de una esfera, no así el austral, cuya forma es la mitad inferior de una pera.

Cristóbal Colón, cuando observaba la naturaleza, discurría como un verdadero poeta. Ahí están sus descripciones de la corriente ecuatorial, sus viñetas paisajistas, sus juicios sobre los indios. A causa de sus lecturas quedó rezagado en los planos de la cultura.

Modernos ensayistas han tomado su figura, para convertirla en centro de muy interesantes disquisiciones culturales. Y ese marino, cuya vida fue azarosa, ha llegado a incrustarse en el corazón de todos los hombres.

*
* *

Dicen los astrónomos que han estudiado los rayos lumínicos de una nueva estrella, cuyas posibles rotaciones y volteretas tienen lugar en lejanísimos predios de Urania. Quizás, esa "Nova de Hércules 1960" se encendió hace más de cuatro mil años.

Sus destellos acaban de ser captados por los inquisitivos bípedos de la Tierra. Es muy posible que semejante cuerpo celeste ya no exista. Pero sus efluvios de luz siguen viajando, como si fueran los postreros vagones de un ferrocarril deshecho.

El hombre de nuestra Tierra siente deliquios astronómicos,

porque lo fantástico y descomunal tienen la virtud de espolear su fantasía.

El ser humano, desde las grandes distancias, llega hasta lo mínimo y relativo. Y se dedica a observar las huellas que sus zapatos marcan en los viales terrestres. He ahí una manera de no sentirse desventurado, véase una forma de copar en un vaso de agua toda la complejidad del Océano.

Apareció la estrella con una tremenda explosión, sólo intuita por los aparatos físicos. Su espectro fue registrado minuciosamente. Después, las hipótesis, no exentas de matización humorística, comenzaron a rodar por el mundo, para deleite de los astrónomos, para encandilamiento de los profanos.

Tal vez, una estrella es un brochazo de luz en la inmensidad del Universo. Algunas leyendas nórdicas dicen que los dioses, cultores de la "Chueca estelar", entretenían sus ocios con gruesas esferas lumínicas. Algunas de éstas se les fueron del campo de distracción. Y desde entonces, quedaron suspendidas en remotos confines.

Viajar en un rayo de luz es comprometido. Imaginar las explosiones cósmicas es peligroso. Esa estrella, que repentinamente ha surgido en el firmamento puede ser un engaño, un fraude científico. Es muy posible que la vean los ojos telescópicos, pero que ya no exista. Los poetas han de estar prevenidos, porque si remontasen el curso del rayo de luz, llegarían a caer en los abismos vacíos.

Los astrónomos cultivan un humorismo de muy finas y peligrosas aristas. Sus afirmaciones pulverizan los habituales conceptos de realidad. En sus bromas hay un crujir de fenómenos termonucleares. Tal vez, la novela tremendista tiene en ellos a sus más diestros impulsores.

*

* *

El médico francés León Binet, jefe de servicio en un laboratorio de la Facultad de Medicina de París, ha publicado un interesante trabajo en torno al mundo de los mirlos. Al margen de su profesión, el doctor Binet, autor de unas valio-

sas "Lecciones de biología en un parque", anota ciertas características formales y fisiológicas de unos pájaros, que son de leite y ornato de algunos campos y jardines.

Los diversos órganos del mirlo han sido estudiados y pesados. Por ejemplo, su corazón pesa 1,07 gramos y la hipófisis 1,35 gramos. La masa de su cerebro alcanza a 1,73 gramos, relativamente más desarrollado que el del gallo o el del palomo.

El mirlo destaca también por el volumen de sus ojos, proporcionalmente superior al de los otros pájaros ciudadanos.

Muchas características anota el investigador. Además, estudia las razones que mueven a los cazadores de mirlos, animal en vías de extinción, ya que los agricultores los consideran enemigos de los jardines sembrados, cuando en realidad no es así.

Esperamos que obras como las del profesor Binet contribuyan al respeto de unos pájaros inofensivos, muy sensibles e inteligentes, bastante diestros en modular sus cantos.

Anotemos que este libro se completa con un vocabulario médico. Observamos que diversas palabras de esta índole tienen una curiosa significación y una lejana historia.

Veamos algunas de ellas.

Galeno llamó "cáncer" a un mal terrible, por la similitud que halló entre los tumores malignos de las mamas y los canchales con garfios.

"Delirar" significa "salirse del surco". En efecto, quien delira se sale del surco de la razón.

"Ferina" es lo relativo a la fiera. Cuando nos referimos a "la tos ferina" evocamos que es fiera y pertinaz.

Los romanos dieron el nombre de "hígado" al guiso de higadillos de ganso alimentado con higos. Los figones fueron las posadas en donde se preparaba y expendía el guiso de hígados.

"Pomada" se refirió, en un principio, a la preparación hecha con fines cosméticos, basada en frutas o "pomas".

Muchas revistas médicas divulgan graciosas acepciones primitivas del vocabulario médico.

*
* *

Una persona normal atesora, por término medio, entre catorce y dieciocho lunares o nevos. Ahora bien, no todos los lunares son iguales. Los investigadores han establecido cinco categorías, teniendo en cuenta su localización y sus ramificaciones.

Existe un lunar decorativo y el que puede degenerar en células cancerosas. De cada millón y medio de nevos, puede haber dos que sean peligrosos. Y entonces es necesario proceder a su extirpación inmediata.

Entre los síntomas que indican la posibilidad de transformación maligna están la pérdida de pelo en los lunares, la aparición de un halo de pigmento alrededor de la base y la irritación y dolor agudo.

Los nevos son radiorresistentes. Nunca deben ser tratados con rádiom o rayos x. Tampoco basta con cauterizarlos, pues no se garantiza el total desarraigo. La operación se realiza con anestesia local.

Recordemos que el romanticismo propaló la moda de adornar las mejillas con esos puntos negros. Los franceses los denominan "granos de belleza". Algunos ilustres estetas de la belleza femenina inventan formas de lunares y estudian su disposición estratégica, muy cerca de los ojos y en la barbilla. Pero he ahí que los investigadores médicos les salen al paso, para decirles que hay nevos malignos, fáciles de diagnosticar, reconocibles a simple vista, como diminutas bocas de cáncer.

La ciencia tiene la virtud de trizar muchas de las bellas ilusiones.

*
* *

En un breve lapso de días, Blaise Cendrars, poeta y trotamundos, conoció dos fases del hado venturoso y del trágico destino. Recibió el Premio Ciudad de París. Y dio el paso definitivo, más allá de los umbrales de la vida, en busca de su propia muerte.

Era ya un hombre de cierta edad, había conocido muchos paisajes y compulsado muchas experiencias. Su risa estaba

hecha de melancolías y de finos esguinces de humor. Alguien acertó a decir que Cendrars era un existencialista sin clasificación posible. Y así era, en efecto.

Tuvo en Francia un período de actualidad. Fue en los primeros años de la ola existencialista. Sartre había publicado sus complejos tratados filosóficos, sus novelas y cuentos. Por todas partes se decía que la vida del ser humano ha de ser una tremenda y verídica aventura, algo así como el nudo de un drama que, al ser contado, haga estremecer a la gente por su veracidad y desenfado.

La Sagan descubrió el peso emocional de un poema, y leyó, entre líneas, el esquema de una novela. Alberto Camus publicó su obra titulada "El exilio y el reino", colección de seis novelitas breves. Y en ellas expuso algunos de nuestros problemas existenciales. Ahí están, por ejemplo, el caso de un adulterio espiritual, que va más allá del puro instinto, la pintura de un vértigo colectivo que llena el alma de espanto y de piedad, ciertos atisbos de filosofía práctica, no exento de finalidad moralista.

Beatrice Beck y Simone de Beauvoir insisten en sus malabarismos en torno al fenómeno insoslayable de un estar en el mundo, entre felicidades relativas y fracasos inevitables.

En ese momento, Blaise Cendrars regresa de uno de sus largos periplos. Y publica su libro "Llévame al fin del mundo". Ese fin del mundo no es ni la China, ni Siberia, ni las cimas del Himalaya. Es sencillamente París, encrucijada de muchas culturas y de plurales formas de vida.

Esta obra es hermosa y horrenda, al mismo tiempo. Está escrita de una manera magistral, alarde de un lenguaje hablado, vivido en las calles, en los centros de cultura y en los burdeles.

Ha muerto Blaise Cendrars. El Premio Ciudad de París ha sido el último de sus galardones.

En Francia existe la costumbre de elegir a un "Príncipe de los Poetas". Ahora lo es Saint John-Perse.

Cendrars, desde hace tiempo, era una especie de soberano. Su corte se componía de "clochards" y de "midinettes", de aristócratas y profesores de literatura.